

BARCELONA, DESCONOCIDA

L'ART i la cultura es el tercer volumen de la obra *Barcelona i la seva història*, de Agustí Duran i Sanpere, editado por Curial. Duran i Sanpere, fallecido el año pasado, fue de esa clase de historiadores y eruditos que se comprometen con la obra escrita, que la escriben como una prolongación de una medida y meditada actitud cívica. Duran i Sanpere, como Ferran Soldevila, era un historiador romántico, minucioso detective de la vida concreta, de los hechos cotidianos que se desarrollan tras las grandes batallas. Si Duran i Sanpere hubiera sido inglés, habría a buen seguro disfrutado en sus pesquisas, en sus gozosos descubrimientos, pues Duran i Sanpere era una especie de Poirot de la pequeña historia. Pero Duran i Sanpere era catalán y eso, cuando uno se lo toma en serio, se paga caro. Estamos en tiempos de recuperación, de rápida y voluntarista recuperación, y los que hurgamos con insistencia en las propias raíces tenemos el deber de no olvidar ninguna parcela de la propia historia, escamoteada como ha sido durante tantos años. Los catalanes tenemos que recuperar, "conocer" hasta a nuestros conservadores porque querían conservar cosas que, después de 1939, también fueron perseguidas. Ferran Soldevila, el médico Trueta, el propio Duran i Sanpere habrían pasado el final de sus días cuidando su jardín y redactando tranquilamente sus Memorias si hubieran nacido en Inglaterra. En Cataluña han tenido que "hacer" historia hasta el último momento. Los románticos conservadores serían, quizá, contestados en otro país. En el suyo propio han sido durante años repudiados o, simplemente, tolerados. El poeta Marià Manent, también muy conservador, me dijo una vez que la derecha catalana es casi izquierdista si la comparamos con otras derechas más genuinas del Estado español. Y es cierto: la derecha catalana, nos guste o no, parte de un principio básico de respeto y de espíritu de convivencia. En resumen: de una actitud de ciudadanía. Pero eso sería ya tema para otro artículo.

Duran i Sanpere, que tuvo la suerte de recoger los postreros frutos de la organización de otro gran conservador catalán, Prat de la Riba, fue el creador del Instituto Nacional de Historia, los Museos de Historia de la Ciudad y de Industrias y Artes Populares y el

Servicio de Investigaciones Arqueológicas. El arqueólogo e historiador catalán contaba con su inteligencia y una increíble tenacidad para sobrevivir a partir de su propio trabajo después del marasmo cultural en que fue sumergida

los nuevos planes de enseñanza es precisamente el conocimiento riguroso y apasionado del propio hábitat, saber por qué las piedras, las calles, el entramado urbanístico de la ciudad donde se vive tiene una determinada conformación,

Montserrat Roig

Cataluña en 1939. Fue él quien identificó, por ejemplo, el "mestre de Sant Jordi" con el gran pintor Bernat Martorell, barcelonés de finales del siglo XV. Lo identificó al encontrar en el archivo catedralicio de Barcelona el contrato por el que se comprometía a ejecutar el famoso retablo gerundense. Y ya casi había desesperado, Duran i Sanpere, de probar que Bernat Martorell y el "mestre de Sant Jordi" eran una misma persona. Después de leer sus tres volúmenes de *Barcelona i la seva història*, una se imagina que Duran i Sanpere debió de pasarlo en grande mientras reconstruía la pequeña historia que hay detrás de esa gran ciudad. Una de las asignaturas que no está en

por qué se superponen diversos y determinados estilos, por qué unos artistas cuajaron más que otros, por qué, en suma, la ciudad que aprendes a amar desde que naces está tan ligada a la vida colectiva. Y es que, Barcelona ha sabido despertar un espíritu de ciudadanía como pocas ciudades lo han conseguido a lo largo de su historia; hoy las Asociaciones de Vecinos o Amics de la Ciutat son un buen ejemplo de esa fascinación.

Barcelona es, sin duda, una de las ciudades más devastadas por la especulación, por los urbanicidas. Porcioles, por ejemplo, es un nombre que pasará a la historia de la degradación urbana, Atlla de las zonas verdes barcelonesas. Re-

cuerdo que una vez el arquitecto Oriol Bohigas me dijo que a Barcelona se la tenía que mirar desde determinada altura porque todo lo que había debajo era francamente horrible. Sólo hay que ver los jardines que no existen, las calles levantadas, los intestinos de la ciudad expuestos al aire, el polvo, las casas modernistas depredadas, los monumentos desaparecidos. ¿Qué escolar sabe, por ejemplo, de la existencia de catalanes que se llamaban Casanova o Robert? No lo saben porque ya hubo quien se cuidó, en su momento, de borrar del mapa ciudadano sus monumentos. Y la cultura de un país es, en parte, eso: vincular la vida cotidiana con las raíces colectivas, identificarte con las luces que ha dejado la propia tradición. Curiosamente, Barcelona despierta grandes amores y muchos de los grandes actos que en ella se llevan a cabo no son más que una expresión inconsciente y visceral del deseo de supervivencia de una gran comunidad ciudadana. Si tocamos fondo, nos daremos cuenta de que el triunfo del Barça, los recitales de cantantes como



Hoy, la piqueta de la ignorancia está en el Ayuntamiento de Barcelona, culpable de la violación urbanística de la ciudad.



Obreros de la construcción, funcionarios municipales, incluso bachilleres, han manifestado estos días su protesta a lo largo de las Ramblas.

Llach o Raimon, y, si me apuran, la manifestación reciente del día 1 de febrero convocada por la Federación de las Asociaciones de Vecinos, no son más que la expresión cívica de una ciudad que no se resigna a ser, sólo, aglomeración.

Barcelona, inevitable centro neurálgico de la cultura del país catalán, es una desconocida para los barceloneses. Y, sin embargo, ha sido una de las ciudades más evocadas por la literatura. Casi diría que despierta tanta pasión como la Roma de Fellini y de Moravia. Pero Barcelona es, todavía, un mito para algunos y para otros sólo una ciudad crispada. Está la Barcelona nostálgica, desaparecida, de Emili Vilanova, la todavía viva de Moix o la de la Capmany. La ciudad ha pasado por una serie de transformaciones literarias, que van desde el optimismo de un Robert Robert o de un Narcís Oller hasta el cosmopolitismo bohemio y burgués de Sagarra, Gaziel o Carles Soldevila, y la trágica marginación que sufrieron los modernistas en una ciudad noucentista y eufórica, marginación que llevó al suicidio o al desarraigo a autores como Bertrana, Hortensí Güell, Raimon Casellas, Puig i Ferrater y Plàcid Vidal. No hay que olvidar, tampoco, la Barcelona de las *odes*, la "ciutat mala, però nostra, nostra!" de Joan Maragall, la Barcelona que crecía con Verdaguer y la que tenía con Verdaguer y la que tenía que desconfiar de la historia según Pere Quart, y, en fin, la Barcelona de las dos claridades y un crepúsculo, la Barcelona de Joan Brossa. Pero no están sólo los poetas, los escritores, ante la ciu-

dad. Los periodistas, día tras día, llenan sus papeles en defensa de la ciudad, la prensa ha creado un estado vivo de opinión, un aviso constante e impertinente. La Barcelona de Porcioles salió mal parada con el libro que escribió Huertas Clavería, todavía en la cárcel, y varios compañeros. Y no sólo los barceloneses viven vinculados a la ciudad y a su tiempo personal, irremediablemente perdido. Están también los que vivieron en la ciudad momentos difíciles o intensos, está la Barcelona de Genet, la de Orwell y la de Artur London. No hace mucho mantuve una conversación con el checo purgado en los años cincuenta por los adláteres de Stalin. London, un hombre casi inválido, me hablaba con los ojos brillantes de la Barcelona de la guerra civil, de los locales desaparecidos, del hotel Colón, del paseo de Gracia, de la Rambla. Barcelona era para London como una antigua amante, discreta, segura, que una y otra vez podía retornarle hacia el placer personal, intransferible, del recuerdo. Y los recuerdos no los mata nadie, ni los urbanicidas. Pero no sólo está la ciudad evocada, está, también, una Barcelona vieja, decrepita, fea, una Barcelona mutilada, una belleza crispada que se está conformando continuamente entre la responsabilidad ciudadana y la especulación irracional.

Pero volvamos a Duran i Sanpere: en el tercer volumen de su *Barcelona i la seva història*, el historiador de Cervera explica la vida cultural de la ciudad a través de sus artistas. Cómo nacieron las grandes obras de los Vergós, de

Lluís Dalmau, de Jaume Huguet, Lluís Borrassà, los maestros de la pintura gótica. Cómo pasaron por Barcelona y de qué manera llegaron a ser creadores en la ciudad. Con un saludable sentido del humor —cualidad que separa tajantemente a la ultraderecha de la "derecha civilizada"—, Duran i Sanpere va deslizándose en el libro esa historia de la vida cotidiana que sólo es posible cuando la historia externa no es traumatizante. Un país libre es un país con instituciones propias, representativas, quizá la Barcelona que soñara Duran i Sanpere: la que hiciera posible el ascenso de la familia Bastinos, familia típica en su "barcelonidad", la Barcelona de los primeros telares, la Barcelona que admiró sin reservas el historiador Vicens Vives. **Barcelona i la seva història**, en su conjunto, es una metódica radiografía de lo que no explican ni los tratados de Historia ni los libros de arte: el vibrar concreto de la vida cultural de una ciudad. En este libro se descubre cómo hubiera podido ir la historia cívica de nuestros antepasados inmediatos si la estulticia, la incivildad de las aves de rapiña no hubieran marcado el tono a seguir durante esos años recientes. No hay que caer en nostalgias proustianas de una Barcelona que se fue: pero hay que aprender de lo que ha sido, saber quiénes la hicieron grande. Es un hecho que Barcelona está muy ligada al proceso de la cultura catalana, de su tradición, y una cultura sin tradición es una cultura inválida. Duran i Sanpere nos da un buen ejemplo de esa tradición de civilidad que ha

quedado enterrada durante casi cuarenta años; en su libro nos cuenta la historia de un empresario de derribos del siglo XIX, Francesc Brossa, que se ganaba la vida demoliendo casas, pero que poco a poco fue enamorándose de las casas que él hacía derribar. Durante años separó los despojos que le interesaban y construyó una casa en el Puget con las piedras, las barandas, los pórticos, los escudos que él había acumulado en su época de demolición. En una de las paredes escribió: "La arrogancia de los monumentos no se abate por el tiempo, sino por el rayo de la guerra o por la piqueta de la ignorancia". Hoy, la piqueta de la ignorancia está en el Ayuntamiento de Barcelona, en los derribos actuales —toda la parte alta de la ciudad está plagada con grandes cartelones que ponen "Derribos Núñez y Navarro"—, hoy lo que abunda es una Barcelona violada por un alcalde que no tiene nada que ver con Rius i Taulet ni con Carles Pi Sunyer, por citar dos alcaldes bien distintos.

De todas maneras, no hay que volver a Francesc Brossa ni a los efluvios románticos de los que sienten impotencia. Los que hoy aman la ciudad son los que gritan por las calles de Barcelona el "slogan" de "¡Viola, dimitte! ¡El pueblo no te admite!", los mismos que harían un homenaje auténtico, sin reservas, a gente como Duran i Sanpere si antes alguien les hubiera explicado quién era Duran i Sanpere: un conservador romántico lleno de civilidad. ■ Fotos: PILAR AYMERICH.